

CONTINENTE Y CONTENIDO.



Wilfred R. Bion

Una ventaja de creer que las observaciones son el fundamento del método científico es que pueden establecerse y luego presentarse las condiciones en las que se realizan. La simplicidad de este hecho tiene su atractivo para el psicoanalista: se supone que existe una situación analítica y luego se comunican las interpretaciones de lo observado en esa situación. Es posible creer que el análisis tiene una ubicación en el tiempo y en el espacio: por ejemplo, las horas acordadas para las sesiones y las cuatro paredes del consultorio; que en esas ocasiones y en ese lugar el analista puede hacer observaciones que no puede realizar si el dominio carece de esas limitaciones o si las “observaciones psicoanalíticas” no están de acuerdo con el criterio convencional de una observación. Si yo visualizo la afirmación “el criterio convencional de una observación” como un continente, algo así como una esfera, y la “observación psicoanalítica” como algo que no puede estar contenido en su interior, obtengo un modelo que será muy útil no sólo para el “criterio convencional”, para representar mis sensaciones en cuanto a la “situación psicoanalítica”, sino también para el “psicoanálisis que no puede contener”. También servirá como modelo para mis sensaciones acerca de algunos pacientes: no puedo observar al señor X porque no está dispuesto a permanecer “dentro” de la situación analítica ni aun “dentro” de sí mismo. He encontrado teorías esclarecedoras de la representación, pero no suficientemente esclarecedoras; ninguna de las teorías que conozco “contiene” los “hechos” por medio de los cuales busco claridad. Mis “hechos” se ciñen contra el sistema de definición y teoría que trato de erigir a su alrededor. El paciente que está representando no puede estar “contenido” dentro de las formulaciones existentes.

Esta es una característica del dominio mental: no puede ser contenido dentro del sistema de la teoría psicoanalítica. ¿Es esto una señal de que la teoría es deficiente o de que los psicoanalistas no comprenden que el psicoanálisis no puede estar permanentemente contenido dentro de las definiciones que ellos emplean? Sería una observación válida afirmar que el psicoanálisis no puede “contener” el dominio mental porque no es un “continente” sino un “ensayo”; la formulación que he tratado de ampliar mediante el uso de los símbolos ♀ y ♂ reduce al mínimo esta dificultad dejando a ♀ y ♂ como incógnitas cuyo valor debe determinarse.

Me atrevería a llevar más allá este tren de pensamiento discutiendo algo más práctico y específico. Es un asunto en el que parece llamarse a la acción, es decir, a la institucionalización del psicoanálisis, que comprende publicación, selección, entrenamiento y capacitación.

En los últimos años se ha extendido el uso del término establishment; parece referirse al cuerpo de personas del Estado que por lo general puede esperarse que ejerzan el poder y la responsabilidad en virtud de su posición social, fortuna y dotes intelectuales y emocionales. (Esta lista no constituye un orden de prioridades con respecto a los logros.) Me propongo tomar prestado este término para denotar todo lo que va desde la penumbra de las asociaciones que generalmente se evocan hasta las características predominantes y decisivas de un individuo y las características de una “clase” imperante dentro de un grupo (tal como un instituto psicoanalítico, una nación o un grupo de ellas). A causa del tema que he elegido se usará por lo general para referirse a la “clase” imperante en los institutos psicoanalíticos.

El establishment debe encontrar y proporcionar un sustituto del genio. Una de sus actividades más controvertidas es la promulgación de reglas (conocidas como dogmas en las actividades religiosas, como “leyes” en los grupos científicos, por ejemplo, de naturaleza o perspectiva) para beneficio de aquellos que por naturaleza no tienen posibilidad de obtener la experiencia directa de ser psicoanalítico (o religioso, o científico

o artístico) de modo que puedan, como si fuera por poder, tener e impartir el conocimiento del psicoanálisis. No por incapacidad se les negará a los miembros de un grupo una sensación de participación a causa de la cual podrían, de otro modo, sentirse excluidos para siempre. Al mismo tiempo estas reglas (o dogmas) deben ser tales que atraigan en vez de rechazar, que ayuden en vez de obstaculizar la participación del genio que es esencial para la existencia continuada y la vitalidad del grupo. Un Freud puede descubrir y sentar las bases para el psicoanálisis, pero un aporte continuo de “genio” es necesario para mantenerlo. Esto no puede ordenarse, pero si llega, el establishment debe ser capaz de soportar el golpe. Faltando el genio, y es claro que no puede materializarse por un período muy prolongado, el grupo debe disponer de reglas y de una estructura que lo preserven. Hay entonces un medio dispuesto, tal como lo afirmó Nietzsche acerca de la nación, para cumplir la función que le es propia, es decir, la de producir un genio. De un modo similar puede decirse del individuo que debe estar preparado para producir una “llamarada de genio”. Consideremos entonces este fenómeno.

Puesto que el término “genio” no es portador de las asociaciones que quiero, propongo usar en cambio la palabra “místico”, dando por supuesto que el místico tiene características relacionadas por lo general con el genio y que la persona representada por cualquiera de ambos términos podría también llamarse “mesías”.

El místico es a la vez creativo y destructivo. Hago una distinción entre los dos extremos que coexisten en una misma persona. Las formulaciones extremas representan dos tipos: el místico “creativo” que proclama formalmente cumplir las convenciones de la clase dirigente que gobierna a su grupo o someterse a ellas; y el místico nihilista que parece destruir sus propias creaciones. Intento utilizar los términos sólo en casos de notoria creatividad o destructividad y deseo dejar bien claro que los términos “místico”, “mesías” y “genio” son intercambiables.

El problema planteado por la relación entre el místico y la institución cuenta con un patrón emocional que se repite en la historia y toma una variedad de formas. Dicho patrón puede aparecer en la relación de un nuevo fenómeno con la formulación que lo representa. Aparece en la relación de grupos muy disímiles con sus místicos; se revela en la historia de las herejías cristianas, de las teorías heliocéntricas, en la relación del directorio rabínico de la cábala con místicos revolucionarios como Isaac Luria, o del reformista político con el establishment.

Mi propósito es mostrar que ciertos elementos presentes en la evolución del psicoanálisis no son nuevos ni peculiares de éste, sino que en realidad tienen una historia que sugiere que ellos trascienden las barreras de la raza, del tiempo y de la disciplina y son inherentes a la relación del místico con el grupo. No se puede prescindir del establishment (aunque pareciera que el sufismo y la teoría marxista lo hubieran casi logrado) porque el grupo institucionalizado, el grupo de trabajo (véase Bion, 1961), es tan esencial al desarrollo del individuo, incluido el místico, como éste lo es para él. La psicología homérica indica un estadio del desarrollo mental en el cual la distinción entre hombre y dios se encuentra mal definida; en la psique individual puede reconocerse poca distinción entre el yo y el superyó. El grupo de trabajo, bajo el vértice religioso debe distinguir entre hombre y dios. La religión institucionalizada debe hacer que el hombre tome conciencia de este abismo dentro de sí mismo y en sus imágenes dentro del grupo del que es miembro.

La institucionalización del psicoanálisis necesita de un grupo psicoanalítico que tenga al “sistema” como una de sus funciones. En sí mismo es una réplica en el mundo exterior de un objeto en el cual se ha efectuado la separación deseada. Pero su función consiste entonces en efectuar ésta en las personalidades de sus miembros. Se trata, pues, tanto de un modelo de un estado deseado como de una institución cuya función es hacer consciente al individuo del vacío existente entre él mismo (su sí mismo idealizado, superegoizado) y él mismo (su sí mismo no regenerado, no psicoanalizado).

Una consecuencia de la separación es una falta de acceso directo del individuo hacia el dios con el cual mantenía antes relaciones familiares. Pero el dios ha sufrido un cambio como parte del proceso de discriminación. El dios que él conocía era finito; el dios del que ahora está separado es trascendente e infinito.

Para reafirmar lo dicho en términos adecuados a un trasfondo de experiencia humana: Freud y sus asociados se unen en términos de igualdad similares a los que existen entre colegas en una aventura común. Freud, por el simple hecho de poseer una estatura prominente estimula las tensiones y los impulsos emocionales propios de un grupo primitivo y lo hace aún más por su trabajo. Los estadios primitivos del grupo analítico contribuyen a la intrusión de tensiones e impulsos emocionales propios del grupo primitivo, como lo observara Freud en su estudio del individuo. Dudo de que él haya apreciado la fuerza de las esperanzas

mesiánicas que despertó. El estadio primitivo prepara el camino al estadio de discriminación descrito en el grupo religioso: se hace una distinción; de otro modo no habría reconocimiento de la distinción real que existe entre un místico (en el sentido que yo le doy al término) y los seres humanos comunes).

Esta distinción no puede realizarse adecuadamente por el hecho de decir que es inseparable de la idealización. La idealización es en el grupo una actividad basada en la realidad esencial para el desarrollo de la discriminación dentro del individuo. El mismo individuo debe ser capaz de distinguir entre sí mismo como una persona común y su creencia de que es omnisciente y omnipotente. Es un paso hacia el reconocimiento de una distinción entre el grupo tal como es en realidad y su idealización como corporización de la omnipotencia de los individuos que lo componen. A veces, la separación fracasa y el grupo no sólo se percibe como idealmente omnipotente y omnisciente, sino que también se cree que lo es en realidad. La toma de conciencia por parte del individuo del abismo que existe entre su visión de sí mismo como omnipotente y la de sí mismo como un ser humano común debe ser el resultado de una tarea del grupo mismo y, al mismo tiempo, de un análisis individual. De otro modo existe el peligro de que (por identificación proyectiva) se transfiera al grupo un estado mental y de que se lo actúe allí, no que se lo cambie. Es necesario describir algunos detalles de esta situación.

En el primer estadio no hay confrontación real entre el dios y el hombre porque en realidad no existe esa distinción. En el segundo estadio el dios infinito y trascendente se enfrenta con el hombre finito. Mientras que la función del grupo es establecer la separación, no hay demanda de reunión. En el tercer estadio, el individuo, o por lo menos un individuo particular, el místico, necesita reafirmar una experiencia directa de dios de la cual ha sido y es privado por el grupo institucionalizado.

Antes de referirse a esto es necesario echar una mirada a algunas peculiaridades del grupo que ha sido institucionalizado y a la vida dentro de él.

Los individuos muestran señales de su origen divino (del mismo modo que los dioses del estadio anterior muestran señales de su origen humano). Puede considerarse a los individuos como encarnaciones de la deidad; cada uno conserva un elemento inalienable que es parte de la deidad misma que reside en el individuo. Puede considerarse que está tratando constantemente de lograr la unión con la deidad, o también se lo puede considerar divino en un grado algo menor. Esto último evidencia una relación genética con el estadio en el cual no existe distinción real entre los seres humanos semejantes a dioses por un lado y los dioses muy humanos por otro. Por último, el individuo hace lo posible por reunirse con el dios del cual se siente conscientemente separado. Esto se refleja en las realidades de la relación humana y contribuye al odio del grupo hacia un estado al cual los individuos no pueden tener acceso directo, ni incluso una sensación de acceso directo, al gran hombre (como podrían haberlo tenido a Freud alguna vez). Los individuos no pueden conformarse con una discriminación que significa una separación consciente de sí mismos con respecto a la creencia en sus cualidades semejante a Freud y al reconocimiento de que Freud, un genio (místico), ya no existe. No es posible crear otro Freud por esencial que pueda resultar.

El grupo y el místico son esenciales el uno para el otro; por lo tanto, es importante considerar cómo o por qué el grupo puede destruir al místico del cual depende su futuro y cómo o por qué el místico puede destruir al grupo. Indicaré la naturaleza de las preguntas enumeradas ya que es de suma importancia que se vea que el problema existe. Es inherente tanto a la naturaleza del hombre como animal político, como a la del psicoanálisis como fuerza explosiva.

La relación entre grupo y místico puede pertenecer a una de tres categorías. Puede ser asociada, simbiótica o parasitaria. Es posible aplicar la misma caracterización a la relación de un grupo con otro. No me ocuparé de la relación asociada; las dos partes coexisten y la existencia de cada una puede considerarse inofensiva para la otra. En la relación simbiótica hay una confrontación y el resultado es productor de desarrollo, aunque no es posible, sin alguna dificultad, discernir ese desarrollo. En la relación parasitaria lo que se produce, como resultado de la asociación, es algo que destruye a las dos partes de aquélla. La realización que más se aproxima a mi formulación es el grupo: marco individual dominado por la envidia. La envidia engendra envidia y esta emoción autopropagadora destruye finalmente tanto al huésped como al parásito. La envidia no puede adjudicarse de manera satisfactoria a una u otra parte; en realidad es una función de la relación.

En una relación simbiótica el grupo es capaz de manifestar hostilidad y benevolencia y la contribución del místico está sujeta a un minucioso escrutinio. Como resultado de este escrutinio el grupo crece en

estatura y lo mismo pasa con el místico. En la asociación parasitaria hasta la amistad es mortífera. Un ejemplo fácil de comprender es la promoción que el grupo realiza del individuo a una posición dentro del establishment donde sus energías se desvían de su rol creativo-destructivo y son absorbidas por las funciones administrativas. Su epitafio podría ser: “Lo abrumaron con honores y se hundió sin dejar rastro”. Eissler (1965), sin mencionar el principio general implicado, muestra los peligros de la invitación hecha a un grupo o a un individuo para que se vuelva respetable, para que sea médicamente capacitado, en suma, para que sea cualquier cosa menos explosivo. La actitud recíproca en el místico es que el grupo debe adelantar o desintegrarse, pero no debe ser indiferente.

Las actitudes no son conscientes y deliberadas; son esenciales. Sin ellas ni el grupo es un grupo ni el “místico” un místico. Una analogía analítica la constituye la interpretación psicoanalítica que está muerta para el estado mental existente, el estado mental que está siendo interpretado. Mucho peor que ser correcta o incorrecta es la falta de significación de una interpretación, aunque no es suficiente con que sea significativa; eso sólo sirve para asegurar que existe. También debe ser verdadera. La preocupación primaria del grupo parasitario puede ser destruir al místico o las ideas místicas (mesiánicas), pero si fracasa en esto debe “establecer” su verdad o la de él.

Eissler discute el psicoanálisis “aplicado”. Sospecho que éste, aun cuando “aplicado” a curar a las personas, es un método de hacer controlable el psicoanálisis y de volverlo inofensivo para el establishment. Ya lo he expresado en otro texto y en un enfoque diferente mediante una regla que consistía en que el analista no debe permitirse albergar deseos, ni siquiera el de curar, puesto que hacerlo sería ir en contra de la evolución psicoanalítica. La evolución misma no es un objeto que pueda “desearse”. La penosa naturaleza del dilema es esencial.

La configuración recurrente es la de una fuerza explosiva con un marco de referencia restrictivo. Por ejemplo, el místico en conflicto con el establishment; la idea nueva constreñida dentro de una formulación cuya intención no era expresarla; la forma artística superada por nuevas fuerzas que requieren representación.

Es esencial preservar el lenguaje y con este fin se crean reglas que determinan el uso de palabras y definiciones. El Diccionario oxoniense, la filosofía lingüística y la lógica matemática son contribuciones al trabajo que se realiza incesantemente con este propósito. De este trabajo dependen hombres y mujeres comunes con una capacidad común para realizar estudios que de otro modo sólo podrían realizar las personas excepcionales. Gracias a Faraday y a otros científicos la gente común puede iluminar un cuarto presionando un interruptor; gracias a Freud y a sus colaboradores la gente común tiene la esperanza de iluminar su mente por medio del psicoanálisis. El hecho de que sea la gente común la que realiza el trabajo del mundo hace imprescindible este trabajo de cientificación (o vulgarización o simplificación o comunicación o todo esto junto). No hay místicos suficientes y es necesario no desperdiciar a los que existen.

Cuanto mejor puedan “establecerse” la palabra y su uso, tanto más su precisión se convertirá en una rigidez obstaculizante; cuanto más imprecisa sea, tanto más bloqueará la comprensión. La nueva idea “desbarata” la formulación creada para expresarla. A veces la emoción es fuerte, pero la idea débil. Si la formulación sobrevive, puede repetirse. Si puede repetirse bajo severas condiciones, cobra fuerza hasta comunicar significado sin desintegración. A la inversa, la formulación puede destruir su contenido. En su obra *Major Barbara*, George Bernard Shaw describe la apoteosis del dicho “Ningún hombre es suficientemente bueno como para ser amo de otro hombre” como un método para restar eficacia al contenido emocional.

Puede ser que la distinción entre místico creativo y nihilista no sea más que un recurso temporario que depende de la necesidad de expresar una concepción del místico y no la otra. La explosión emocional más vigorosa conocida hasta ahora, que se extendió a muchas culturas por espacio de muchos siglos, fue la producida por las formulaciones de Jesús. Los efectos se perciben aún y presentan todavía graves problemas de represión a pesar de que se ha establecido cierto control. Al principio Jesús repudió expresamente cualquier meta que no fuera el cumplimiento de las leyes de su grupo. El directorio rabínico no encontró solución al problema de la represión, lo cual trajo aparejadas consecuencias desastrosas para el grupo judío. El desastre atribuido a las enseñanzas cristianas no terminó en un punto finito como podría ser la crucifixión; cuando, cuatrocientos años después, Alarico saqueó Roma, San Agustín sintió que los reproches dirigidos a los cristianos eran lo bastante serios como para hacer necesaria una refutación en su Ciudad de Dios.

Persisten los problemas de la revelación mística que se centran en tener o reclamar una relación directa

con la deidad. Pronto se hizo evidente la necesidad de que el establishment hiciera lo que el directorio rabínico no había podido hacer. Las quejas de los discípulos acerca de que gentes desautorizadas, o lo que podríamos llamar “legos”, estaban haciendo milagros, sugieren una conciencia que esperamos encontrar asociada con un establishment. Esto, y la evidencia de una necesidad de establecer una estructura jerárquica (lo “que se sentará a la diestra”), es demasiado sutil como para representar algo más que un punto de partida para la conjetura. Algo tiene que haber contribuido a la eflorescencia de la estructura, la jerarquía y la institución. La institución es una evidencia de la necesidad de la función que el directorio rabínico no había podido proporcionar. Aunque en muchos aspectos la Iglesia tuvo mucho más éxito, la larga historia de la herejía (véase Knox, 1950) muestra que la estructura necesaria para contener la doctrina de Jesús estuvo y todavía está sujeta a una gran tensión. Sin embargo, no le faltaron exitosos resultados y todavía hoy pueden oírse las quejas, que en realidad son un tributo al triunfo del proceso de institucionalización, acerca de la falta de entusiasmo, impulso y “espiritualidad” de la Iglesia.

Aunque podamos comparar favorablemente el contraste del éxito de la Iglesia con respecto al fracaso del directorio rabínico, aún no se ha gastado la fuerza de la revelación mística. Hay evidencia de que tanto el mito de Edipo como los elementos que en la religión cristiana tocan el punto de la paternidad y de los hijos tienen una configuración que sugiere la existencia de un grupo básico del cual son representativos estos elementos. He usado el signo O para denotar esta “realidad última”. Cualquier formulación que se perciba como aproximación a la iluminación de O producirá por cierto una reacción institucionalizadora. La institución puede prosperar a expensas del místico o de la idea o puede ser tan débil que no pueda contener la revelación mística.

Una formulación puede aproximarse a la “iluminación” de O. Muchos místicos expresan su experiencia de acceso directo a la deidad en términos de luminosidad, pero la luminosidad no es el único modelo empleado. Los místicos judíos en especial consideran la voz como una representación notable de la experiencia. San Pablo se encontró con que la luz y la voz eran necesarios para representar la experiencia. Resulta significativo que el psicoanálisis en su búsqueda de acceso directo a un aspecto de O, aunque no sólo de aquella parte de O que informa acerca de las características de semejanza con dios, lleve a cabo sus realizaciones por medio del lenguaje. Es demasiado restrictivo estar confinado a un solo medio de comunicación, aunque éste tenga la flexibilidad y capacidad de evolución que posee el lenguaje. La observación psicoanalítica no puede, por cierto, permitirse el lujo de estar confinada tan sólo a la percepción de lo que se verbaliza: ¿qué decir de los usos más primitivos de la lengua?

La suspensión de la memoria y del deseo promueve el ejercicio de aspectos de la psique que no tienen un trasfondo de experiencia sensorial. Paradójicamente la liberación de estos aspectos de la psique les hace posible la revelación de elementos tales como los movimientos musculares no verbales de la lengua, por ejemplo, el tartamudeo. El predominio de la experiencia sensorial promueve expresiones tales como “ver” u “oír”; la falsedad introducida por esta formulación contribuye a esas diferencias que parecen tan significativas pero que en realidad carecen de importancia. El poder intuitivo no puede desarrollarse porque está obstaculizado por esas intromisiones del “sentido”. La institucionalización de palabras, religiones, psicoanálisis, son todas instancias especiales de la institucionalización de la memoria para que pueda “contener” la revelación mística y al mismo tiempo su fuerza creativa y destructiva. La función del grupo es producir un genio; la del establishment es aceptar y absorber las consecuencias para que el grupo no sea destruido.

REFERENCIA;

Atención e Interpretación.
Wilfred Bion
Capítulo VII., pp. 71 -79

Volver a Artículos Clínicos
Volver a Newsletter 10-ex-64